



# ¿Quién nos rescatará, amigos?

Alejandro Páez Varela

No me queda duda: está en la naturaleza misma de los servidores públicos mostrar cuán pandilleros pueden ser. Pero no sólo ellos. En realidad, entre todos hemos construido el estereotipo del malandrín reconocido e impune: el que maneja mil por hora el camión de transporte público, el que pide al automovilista que lo corrompa o viceversa, el que golpea a su mujer porque se lo merece, el que obliga a que la gente haga cola aun si va a realizar un pago, el que procura darle de gritos a la empleada doméstica en el súper porque es indita, el que paga o cobra por agilizar trámites, el que muestra las joyas porque es narco, o porque se corrompe con dinero del idem o porque es líder sindical charro, y así hasta el infinito. Malandrines reconocidos e impunes.

Mi percepción, y creo que muchos ciudadanos de este hermoso país la compartirán, es que dentro de cada burócrata hay un ladrón hasta que demuestre lo contrario. Que no se ofendan el señor Gutiérrez y Juan Pérez —y les ofrezco, sin conocerlos, una disculpa—, pero esa es la aproximación más generalizada.

En la ciudad en la que crecí no se escuchaba tanto que los tránsitos, los policías o los empleados de ventanilla pidieran "mordida", pero todos oyeron alguna vez decir que los agentes de la Judicial Federal trabajaban para tal o cual "patrón", o que cierto candidato de cualquier partido financiaba su campaña con dinero de aquel señor y que después pagaría los favores, o que el comandante fulano llegó a la plaza para cuidar a dobleú o a equis, o que anoche se apareció en la disco el hijo del papá y llovieron los tragos y las propinas y todos contentos. Malandrines reconocidos e impunes.

Era, digamos, parte de las dinámicas de la ciudad ver imperios levantarse y caer cada tres, cuatro, cinco años. Sabíamos que el hotel perengano se construía con dinero del narco. Que el centro de diversiones zeta era de tal ex procurador o gobernante y que el dinero venía de brindarle protección o privilegiar a cierto grupo de narcos o de empresarios especuladores. Y los tres, narcos, funcionarios y empresarios, salían con pompa en las páginas de sociales. Es-

## MUCHOS DE NOSOTROS

HEMOS ACTUADO COMO

MALANDRINES RECONOCIDOS E IMPUNES; EN ESTE PAÍS SE NECESITA MUY POCO PARA SERLO; GANAS

tos rumores e historias urbanas luego se confirmaban con arrestos masivos orientados a "limpiar la plaza" para la llegada del siguiente "patrón". Nuevos jefes significaban nuevos funcionarios públicos, porque en los cambios llegaban siempre de la mano. Y así fue durante décadas en mi ciudad. Y no creo, de verdad, que exista una garantía de que esto termine, y perdón por actuar como burra arisca.

¿Hacia dónde voy con tal perorata? No muy lejos: a decir que de este cochinerito participamos muchos. Para mí no hay diferencia entre los hijos de Zedillo que golpeaban y ofendían a ciudadanos, o los de El Chapo Guzmán. Le hemos dado de bofetadas a la bondad y nos hemos casado con la perdición. Y no estoy fijando criterios morales; simplemente digo lo que veo. Muchos de nosotros hemos actuado como malandrines reconocidos e impunes en muchas ocasiones porque

en este país, además, se necesita muy poco para serlo: simplemente ganas.

El robo en Pemex me da mucho coraje. Tristeza también. Nuestra petrolera ha sido el plato en la mesa de líderes y funcionarios corruptos, y ya cayó, lo que nos faltaba, en las garras del crimen organizado. Se han chupado nuestro tesoro. Bola de jijos. Este país está lleno miserables, de gente sin futuro que sólo tiene mendrugos y tortillas para sus platos, y estos cerdos ya se tragaron la empresa y nuestra herencia, los hidrocarburos. Ahora resulta que las ganancias de la paraestatal son equivalentes, y en periodos menores, a lo que se roban. Es un

saqueo de miles de millones ¡de dólares!, y sin detenidos.

Dicen que cada mañana hay un nuevo sol, y que es para todos. ¡Pero cómo tarda, carajo, el nuevo día! ¿Quién nos rescatará, amigos? Entorno los ojos y no veo destellos en mi horizonte. Necesito, quizá, creer más. Pero de creer estamos todos hasta la tiznada. ¿Quién nos rescatará? No aquél ni éste ni el de más allá; sólo nosotros mismos. Así que, ¡ánimo!, que la hora de reconstruir la República llegará. El sol nuevo tiene que brillar. No le queda otra. No nos queda otra.

Periodista, escritor

